

yugue y tiranice, tomando por instrumento sus propias pasiones.

Y como un mal llama á otro mal y un abismo conduce á otro abismo, nada más congruente que, multiplicadas las culpas, se forme, digámoslo así, callo en la conciencia y adquiera lo que se llama *endurecimiento del corazón*, llegando al extremo de cometer sin temor los pecados más enormes y de acumular sacrilegio sobre sacrilegio. Cuando un corazón está ya endurecido, huye de él toda idea de arrepentimiento y expiación y se hace insensible á todos los medios de salud que el Señor misericordioso pone ante nuestros ojos. Ni la unción persuasiva y poderosa de la palabra divina, ni la asistencia conmovedora á una ceremonia religiosa, ni el ejemplo de las personas buenas con sus actos heroicos de virtud, ni la muerte misma que se cierne en torno suyo, diciéndole á cada paso: «Repara ¡oh hombre! que has de morir», nada le conmueve! Hasta que al fin, tanto y tan audazmente persiste en sus perversidades, que atrae sobre sí *la maldición de Dios*, y Dios le deja en manos de su propio consejo; y si por ventura tiene su entendimiento un instante de lucidez espiritual, se aterra de sí mismo, desconfía de su eterna salud y cae en *la desesperación*, la cual le conduce á la impenitencia final y á la muerte eterna.

18. Ejemplo por demás expresivo, nos ofrece el infortunado Judas Iscariote. Fué el primer sacrilego que se hizo reo de la Sangre redentora de Jesucristo por la Comunión indigna. Jesús amoroso le exhorta: Judas, sordo, no le oye, y traidor le vende. Comulgó con la conciencia manchada, y este crimen fué considerado por Jesús como el más odioso y abominable que puede imaginarse. Judas murmura, Jesús le sufre. Es avaro y ladrón; Jesús le sufre. Forma el propósito de vender á su Maestro; Jesús le sufre. Pero desde el momento en que comulgó indignamente, al punto le dejó á merced del demonio. Tan luego como se hubo alimentado con el Cuerpo del Señor, Satanás entró en él y le hizo suyo. Desde entonces nada le detiene en la pendiente del crimen; entrega á su divino Maestro, le hace traición con un beso hipócrita, y luego, cuando el remordimiento tortura su conciencia, no encuentra el supremo recurso del arrepentimiento y de la penitencia. La desesperación le lleva al suicidio y á la condenación eterna.

¿Cuáles son, de ordinario, las causas que arrastran al hombre á tan grande infelicidad? ¿Qué medios conviene emplear para purificar la conciencia y preservarse de comulgar indignamente? He aquí las observaciones prácticas que, con el auxilio divino, haremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXVII

Prosigue la indigna Comunión.

1. ¡Cuán necio es y cuán mal se quiere el hombre que comulga indignamente!
2. Hay dos espadas para él, una en vida, otra en la eternidad.

CUÁN necio y cuán ciego es, respecto á sus verdaderos intereses, y cuán ingrato para con Dios, el cristiano que vive apartado completamente del Sacramento eucarístico! ¡Qué de bienes pierde! ¡Qué de males experimenta, qué de peligros le rodean, y en qué abismo tan profundo se precipita! Este alejamiento de Jesús sacramentado es un verdadero suicidio del alma para el tiempo y para la eternidad; porque el mismo Jesucristo ha dicho que no podemos tener la vida espiritual de la fe ni la vida moral de la gracia, ni la resurrección de la vida corporal de la gloria, *si no nos alimentamos de su Carne y bebemos su Sangre.* (Joann., VI.)

2. Esto que dijo un célebre orador católico, considerándolo como una tremenda desgracia, es poco en comparación de la que sobreviene el hombre infeliz que comulga indignamente, porque su tormento en el infierno habrá de ser por todo extremo mayor. *La mano del que me entrega*—dijo Jesús en la noche de la Cena—*está conmigo en la mesa. ¡Ay de aquel hombre por quien yo sea entregado!* Y como después de esta terrible amenaza, le dijieran los discípulos: *Señor, he aquí dos espadas* suspendidas de la pared, respondió Jesús: *Basta* (1).

Verdaderamente, basta para el cristiano considerar las dos espadas del Cenáculo para temblar de espanto ante la idea de una Comunión sacrilega; una espada es el remordimiento de la conciencia, otra la indignación divina en que incurre; una la pena

(1) Domine, ecce duo gladii hic. At ille dixit eis: Satis est. (Luc., XXII, 38.)

temporal, otra la pena eterna (1). Ya hemos indicado arriba estas penas, y ahora es preciso declarar el medio de evitarlas removiéndolas causas que inducen á los hombres á tan execrable maldad. Explicaremos, pues, brevemente:

- 1.º Los pecados que conducen á la Comunión indigna.
- 2.º Los medios para evitar tan horrible sacrilegio.

§ I

INDÍCANSE LAS CAUSAS ORDINARIAS DE LA COMUNIÓN SACRÍLEGA

3. Hay muchos cristianos que duermen el sueño de la muerte.—4. Causa primera de las malas Comuniones.—5. Causa segunda.—6. Causa tercera.
7. Causa cuarta.—8. Causa quinta.—9. Otras causas diversas.

3. Honda pena causa al corazón cristiano que haya almas tan desdichadas que osen comulgar con mala conciencia; mas, por desgracia, *hay muchas*—como dijo San Pablo—*que viven en la imbecilidad y duermen en sopor mortífero.* (I Cor., XI, 30.) Es decir, hay muchos cristianos tan sobremano ciegos y corrompidos, que no se aterran al acercarse á la sagrada Mesa con la conciencia manchada; y llega á tal punto su osadía, que intentan unir en su corazón á Jesús sacramentado y á Belial. ¿De dónde procede tamaño sacrilegio y audacia tan inconcebible?

La experiencia misma lo está mostrando; son causas de la mala Comunión *la impureza, el odio, el robo, la ignorancia culpable, la calumnia y la gula*; en una palabra, las pasiones humanas atizadas por el demonio.

4. LA IMPUREZA.—Indudablemente, la falta de honestidad y la sobra de amor propio son las causas principales de las Comuniones sacrílegas. Hay personas tan fuertemente aprisionadas con las cadenas de la pasión criminal, que aun conociendo que hacen mal y que continuar así no es bien para su alma, fáltales valor para renunciar á sus relaciones culpables y pener término á los desórdenes de su vida. Por otra parte, han nacido cristianos, conservan la fe en su corazón, no quieren aparecer como irreligiosos ni incrédulos; por consiguiente, confesar y comulgar es preciso,

(1) Hos duos gladios moraliter expendo de duplici modo vindice temporalis et aeternae poenae, qui indigne surgentes ab hac coena in utrumque gladium incurunt. (Marcellinus de Pisis, sobre las palabras citadas.)

ya por el qué dirán de las gentes, ya por el mandato de los superiores, ó ya por no disgustar á la familia. En tal situación no son bastante humildes para descubrir su estado al confesor; la vergüenza se apodera de su alma, ó tal vez el temor de que el sacerdote no les absuelva, les decide á callar; la confesión queda sacrilega, y este sacrilegio les arrastra al supremo de comulgar indignamente como el traidor Judas.—«¿Qué dirán las gentes si advierten que no comulgo?»—¡Infelices! ¡Temen los juicios de los hombres, y no temen el juicio de Dios! El sacrilegio está consumado.

Célebre es en la historia eclesiástica el funesto ejemplo de Lotario, rey de Lorena. Público era su divorcio, y público el escándalo con Waldrada. Llevóse la cuestión al Pontífice Adriano II, y como Lotario le hiciese engañosas promesas de arrepentimiento, le absolvió y condescendió en darle por su propia mano la sagrada Comunión. «Príncipe—le dijo el Papa en aquel momento solemne:—si estáis verdaderamente arrepentido, tomad con confianza este Sacramento de vida eterna; mas si vuestra penitencia no es sincera, no seáis osado á recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor, pues en ese caso, por la profanación sacrilega de este divino misterio, comeríais vuestra eterna condenación.»—Así fué; el castigo no se hizo esperar, y fué tan espantable, que Lotario y los principales magnates de su corte, participantes del sacrilegio, fueron atacados de una fiebre tan maligna, que perdieron el cabello, las uñas y la piel, hasta que al fin, consumidos, murieron sin dar señales de arrepentimiento (1).

5. EL ODIIO.—Otras veces no es la pasión dicha la que conduce al sacrilegio, sino *el odio* al prójimo y el deseo de venganza; pues á pesar de hallarse expreso el precepto formal del Evangelio, no quiere el cristiano reconciliarse con su ofensor, ni perdonarle la injuria, y habiendo prometido al confesor que lo haría, se acerca á la sagrada Mesa con mala conciencia, y el sacrilegio queda consumado.

Es cosa que pone espanto el ejemplo que refiere Baronio y trae el Padre Martínez de la Parra. «Eran—dicen—dos mujeres, una rica y otra pobre, que vivían enemistadas; y si bien la pobre procuraba la paz, la rica nunca quiso admitirla. Mas llegó el tiempo pascual, y como instaba recibir la sagrada Comunión, prometió dicha señora rica perdonar á su enemiga y reconciliarse con ella,

(1) Deharbe, *Gran Catecismo*, volumen IV, pág. 401, n. 7.

y de esta manera, sin intención de cumplirlo, recibió al Señor sacramentado. Acabado el acto sacramental y la Misa, encontró al salir del templo, á la pobre que odiaba, y encendiéndose en ira la dijo: «Primero morir que reconciliarme contigo»; y ¡oh desdicha! al punto cayó al suelo muerta, quedándosele el rostro cual si fuera un condenado. ¡Permisión divina para escarmiento en los siglos por venir!» Los impíos podrán decir á esto: *Casualidad*; pero nosotros, creyentes verdaderos, decimos: *Justicia de Dios!*

6. EL ROBO.—¿Y qué diremos de los que se apropian lo ajeno contra la voluntad de su dueño? Innumerables son las maneras con que se comete este pecado; mas como sea la que fuere, obliga á restituir, y el confesor no puede dispensar, y el penitente no se resuelve á cumplirlo, he aquí un lazo del demonio, que por sí mismo lleva á la Comunión indigna. Personas hay que en el tribunal de la Penitencia prometen devolver lo injustamente tomado ó retenido, pero sin intención de realizarlo; y como después, sin más reflexión, comulgan, no cabe duda, el sacrilegio queda consumado.

7. IGNORANCIA CULPABLE.—Demás de esto, hay cristianos que no saben lo suficiente para comulgar, que no quieren instruirse, que lo miran con indiferencia, tal vez con desprecio, y que, sin embargo, se acercan al comulgatorio, y reciben la divina Eucaristía. ¿Es posible no ver aquí un verdadero sacrilegio enteramente consumado?

Júntase á veces con tan grave ignorancia, una pérfida hipocresía, premeditada y empleada como medio para obtener algún fin terreno, tal vez inicuo, lo cual ciertamente hace al sacrilegio mucho más criminal. Trátase de aspirar á un beneficio, á un cargo honorífico, á una distinción social, otorgada sólo á los buenos cristianos; y como para ello es preciso aparecer virtuoso, pónese el hombre la máscara de la piedad, y aunque en su interior no tenga amor al Sacramento, ni desee recibirle, hácese hipócrita, muestra gran devoción, y comulga especulando con el augusto misterio eucarístico, con más audacia y perfidia que el mismo Judas Iscariote. El sacrilegio queda consumado.

8. LA GULA.—Tal vez el hipócrita, *haciendo un Dios de su vientre*, como dijo el Apóstol (Philip., III, 19), haya pasado la noche en glotonerías é intemperancias, como preparación para recibir á la divina Majestad; tal vez Jesús amoroso desde el Tabernáculo le esté dando voces como á Judas, diciéndole: *Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso de paz quieres entregarme?... ¡Detente!... ¡Mira mi corazón, que late de amor por ti! ¿Insistirás en tu perfidia? ¡Oht*

Ni aun con eso retrocede el hipócrita; su corazón se endurece como el yunque del herrero, y no le aterran ni aun aquellas palabras de Jesucristo: *Atadle de pies y manos, y arrojadle á las tinieblas exteriores, que allí será el llanto y el crujiir de dientes.* (Matthaeum, XXII, 13.)

9. De todo lo cual, y de otros pecados que omitimos en obsequio á la brevedad, se ve con evidencia que los malos cristianos son arrastrados á la Comunión sacrilega, unas veces por *debilidad de espíritu*, pues no se atreven á declarar sus pecados en la confesión, ni tampoco se deciden á alejar las causas de sus culpas, so pretexto de que no pueden, por lo cual no ponen manos en desembarazarse de sus malos hábitos y no emplean el arma poderosa de la oración á Dios. Otras veces les seduce el respeto humano, pues á pesar de no hallarse bien dispuestos, no osan omitir la Comunión en tal ó cual solemnidad, y no quieren singularizarse dejando la Comunión, y quieren hacer lo mismo que sus parientes, amigos ó congregantes, estén ó no en disposición de recibir al Señor. Otras veces, en fin, se gozan en el sacrilegio, por odio sectario á Jesucristo, excitado, alimentado y enardecido por el espíritu satánico de las *sociedades secretas*, en las cuales uno de los objetos primarios es la profanación sacrilega del Cuerpo sacrosanto de Jesucristo... ¡Parece increíble! ¡A este extremo conducen á los hombres los impíos sectarios modernos, que blasonan de ser los regeneradores y redentores de la pobre humanidad! Necesario es que indiquemos ahora algunos medios para que los buenos cristianos jamás caigan en el horribilísimo crimen de Judas.

§ II

DE ALGUNOS MEDIOS PARA EVITAR LA COMUNIÓN SACRÍLEGA

10. Es necesario precaver las malas Comuniones.—**11.** El Apóstol nos da el remedio.—**12.** Examen de conciencia y confesión previa.—**13.** Arrepentimiento, generosidad y perseverancia.—**14.** Confianza y humildad.—**15.** Resumen y conclusión.

10 De José de Arimatea, senador ilustre y varón justo y piadoso, refiere el santo Evangelio (Marc., XV, 43), que animoso y sin temor de ningún género, entró en la estancia de Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.—¿Qué haces, buen José? ¿No reparas que al declararte amigo del Redentor te expones á peligro de que aque-

llas pérfidas gentes te quiten la vida? ¿Por qué tanta diligencia y empeño en poseer el sagrado Cuerpo?—Es—dijo San Bernardo— porque temía que los sacrilegos judíos le dieran sepultura indigna, y nada omite, ni nada le arredra, por tratarse de evitar una profanación del Cuerpo sacratísimo de Jesús (1).

11. Pues bien; de semejante manera los cristianos nada hemos de omitir y con todo empeño hemos de procurar dar á Jesús sacramentado honrosa sepultura en lo íntimo de nuestro corazón. Sea como fuere y cueste lo que costare, la sagrada Comunión ha de ser digna, y para ello el gran Apóstol de las gentes nos indica el medio, diciendo: Antes de que os acerquéis á la sagrada Mesa, *pruébese el hombre á sí mismo* (I Cor., XI, 28.) ¿En qué consiste esta prueba? Diariamente la vienen practicando las almas buenas; consiste en hacer un buen *examen de conciencia*, en *confesar* bien las culpas que se encuentren, en especial y como de necesidad las graves; en *formar dolor* de ellas, *proponiéndose* no volver á cometerlas y en llegarse al altar con *humildad y confianza*.

12. En el examen hay que *evitar ilusiones*, porque cada cual suele formarse una conciencia á su modo, cohonestando sus vicios ó disminuyendo su gravedad, ó excusándolos, no siendo raro el tomarlos por virtudes. Es indecible la facilidad con que el hombre se engaña á sí propio, y conviene que estemos muy prevenidos. Otras veces las ilusiones nos hacen escrupulizar en faltas ligeras y ser indiferentes en algunas que de suyo son graves; pareciéndonos tal vez que es de simple consejo lo que en realidad es de precepto riguroso ó al contrario. Por eso conviene comenzar por una humilde súplica á Dios para que ilumine nuestro entendimiento y veamos las cosas tal como sean, sin laxitudes, pero también sin escrúpulos, que suelen hacer mucho daño.

Si se encontraren culpas en la conciencia, aun suponiendo que no sean claramente graves, conviene *confesarlas* como de consejo, pero con *sencillez* y en los términos más claros, más precisos y más honestos; sin tratar de cohonestarlas, ni obscurecerlas, ni aducir razones para justificarlas.

13. Sobre la prueba del *dolor ó arrepentimiento*, aunque bastaría la atrición sobrenatural, interesa formarle fundándose principalmente en el amor divino, en ver la majestad de Dios ultrajada, ó en su bondad infinita desconocida, ó en la paciencia del Señor, menospreciado, acompañando, como es necesario, *pro-*

(1) San Bern.: *Decl. de bonis deser.*

pósitos verdaderos de no tornar á cometer semejantes culpas.

Al efecto, es muy importante que haya *generosidad y perseverancia* en dichos propósitos ó resoluciones tomadas, las cuales deben ser *enérgicas* para quitar los pecados y las ocasiones de ellos y para expiar los anteriormente cometidos, aceptando de buen grado todas las penitencias satisfactorias ó medicinales impuestas por el confesor, como también las penas, adversidades ó tribulaciones que el Señor se digne enviarnos, aplicándolas como satisfacción por las culpas pasadas. Deben, además, los referidos propósitos ser *firmes y sólidos*, oponiendo una fortaleza inquebrantable á la violencia de las pasiones y á la insistencia de los pensamientos menos rectos y puros, añadiendo el freno de la caridad y de la discreción á la ligereza de la lengua, y perseverando en la continua mortificación de los sentidos corporales.

14. Por último, se ha de probar el hombre en su *confianza* en Dios y en la *humildad* de su corazón, para lo cual es preciso prostrarse á los pies del Señor como el hijo pródigo á los de su padre, con el corazón emocionado por el arrepentimiento y el deseo sincero de ser perdonado. Si Judas, no obstante la enormidad de su crimen, se hubiera arrojado á los pies de Jesús, Jesús le habría perdonado con gozo de su corazón, porque la misericordia divina es infinitamente mayor que nuestra maldad.

¿Y qué diremos si el pecador acude á Dios, mediante la Santísima Virgen María, que es el refugio seguro y siempre abierto para recibir á todos los hombres, por criminales que sean y por desesperada que sea su situación? Si el mismo Judas, ya que no tuvo valor para acogerse al corazón amoroso de Jesús, hubiera á lo menos invocado el auxilio de la Virgen, indudablemente la Señora como Madre de misericordia, hubiera intercedido por él, y Judas se habría salvado.

He aquí, en resumen, lo que nos quiso decir el Apóstol cuando, dirigiéndose á los fieles de Corinto, exclamó: *Antes de comulgar, pruébese el hombre á sí mismo, y así coma el Pan eucarístico y beba el cáliz de salvación.*

15. Hemos indicado cuanto nos pareció indispensable saber respecto de la Comunión indigna, su *criminalidad, castigos, causas y remedios*. La sagrada Mesa es sólo para los amigos de Dios, ó, lo que es lo mismo, para los que lleven en su corazón el rico tesoro de la caridad divina; comulgar sin el estado de gracia es una profanación sacrilega del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo; es una monstruosa ingratitud y una audacia inconcebible; es renovar el

crimen de Herodes, y el de Judas, y el de los judíos que dieron muerte á Jesús; es constituirse más criminal que el demonio, porque el sacrilegio eucarístico es el último término de la maldad y el conjunto de todos los crímenes.

En consecuencia de esto, los castigos que el Señor en su justicia tiene reservados á los sacrílegos son tremendos y espantables, ya en esta vida, ya en la otra, pues el que come el Pan eucarístico indignamente, come su propia condenación.

Hay muchos cristianos que duermen el sueño de la muerte, y que en vez de recibir en su alma los favores divinos que produce el alimento celestial, comulgan indignamente, convirtiendo el manjar eucarístico en veneno mortífero, que marca su frente sacrílega con el sello de la maldición de Dios, fulminada por Jesucristo contra Judas y contra todos sus imitadores.

Unas veces será por vergüenza en la confesión, otras por respetos humanos; no pocas porque Satanás se entra en su corazón como en el de Judas, y se tornan hipócritas, é hipócritamente comulgan, vendiendo á Jesús, y entregándole con más audacia que el mismo Judas. Jesucristo es una Víctima que el hipócrita sacrifica á sus propias criminales pasiones.

Es, pues, necesario, que el hombre, antes de comulgar, *se pruebe á sí mismo*, y que procure evitar los peligros dichos, á fin de no perder nunca el fruto copiosísimo de tan augusto é inefable Sacramento. Es necesario recibir al Señor, como expresa el Apóstol San Pedro (1), con candor de niños, deponiendo toda malicia, todo pecado, todo engaño y simulación, con fe viva, con esperanza firme, con caridad ardiente, con amor tierno y dulce consuelo, considerando que la Comunión sagrada, recibida dignamente, nos deifica, cuanto es posible en esta vida, nos une íntimamente á Cristo nuestro Señor, quien haciendo morada en nuestro pecho, nos hará crecer de claridad en claridad, de virtud en virtud, hasta que al fin corone nuestra fe con la eterna posesión de Dios en la gloria, pues escrito está que *quien come de este Pan, vivirá eternamente*.

(1) Sicut modo geniti infantes... deponentes omnem malitiam, et omne dolunt, et simulationes... ut in eo crescatis in salutem. (Petr., I, 1-2.)

CAPÍTULO XXXVIII

De la adoración á Jesús Sacramentado.

1. A Jesús Sacramentado es debida adoración y culto supremo.—2. Modo de esta adoración.—3. Modos diversos de adorarle.

LA adoración á Jesucristo Señor nuestro en el Sacramento de su amor es una consecuencia inmediata de su *real presencia en la Eucaristía*. Encontrándose verdaderamente contenidos bajo las especies de pan y vino el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es evidente que la santa Hostia debe ser adorada con el supremo *culto de latria*, debido sólo á Dios. Así lo declaró el santo Concilio de Trento por las siguientes palabras: *Si alguno dijere que en el santo Sacramento de la Eucaristía no se debe adorar á Cristo Hijo Unigénito de Dios con el culto de Latria, ni aun con el externo, y que por lo mismo, ni se debe venerar con peculiar y festiva celebridad, ni ser conducido solemnemente en procesiones, según el loable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia; ó que no se debe exponer públicamente al pueblo para que le adore, y que los que le adoran son idólatras, sea excomulgado.* (Sess. 13, c. VI.)

2. Grande importancia tiene y bien merece considerarse este sagrado canon del Concilio, pues en él se establece la obligación en que se halla todo cristiano de adorar á Jesús Sacramentado, no sólo con culto *exterior*, cuando sea expuesto en el templo, ó llevado en procesión por las calles públicas, sino muy en especial con culto *interior*, reconociendo al Salvador divino presente en el Sacramento, humillándose profundamente ante él, implorando su misericordia, pidiéndole sus gracias y excitándose á actos de respeto, de reconocimiento y de amor. Jesucristo es Dios, y como tal debe ser siempre adorado.

Ya se comprende que dicha adoración, como culto supremo, se